

les ayudasen en la conversión y doctrina de los idólatras; y como era solo, e ya sobre sí y rebelados los indios, no podía sufrir los pecados y abominaciones que públicamente se hacían y reprehendíalos a veces con blandura y a veces con la libertad cristiana que tenía, sin temor de la muerte que habían dado a sus compañeros; la cual, aunque va obrada por ministerio de ministros humanos, no es suya sino de Dios que entra en sus corazones por lenguaje de estos hombres, que son los instrumentos con que se comunica con ellos. Esta majestad y condición de Dios comprueba la entrada que Moisés hizo a Faraón pidiéndole libertad para su pueblo, representándole su voluntad y procurando moverle con razones. Siendo, pues la obra de Dios, y los hombres sus ministros, de creer es que lo dispondrá con las calidades que convienen para la digna administración de aquel ministerio, en especial cuando el ministro le ofrece de voluntad el corazón para que obre en él, como en cosa suya, como haría este su siervo fray Juan, cuyo sobrenombre era el de su santísima madre; a la cual él siempre se encomendaría, añadía aspereza, amenazándolos con el castigo de Dios y penas eternas del infierno, como otro San Juan que decía a los fariseos:<sup>4</sup> hijos de víboras y de serpientes, ¿quién os ha de librar de la ira de Dios que ha de librar de la ira de Dios que ha de venir sobre vosotros? Ellos, no queriéndolo sufrir (porque no hay mayor rabia ni tormento para el malo que verse reprehender del bueno) lo mataron dentro de pocos días y después a los indios cristianos que con él estaban, porque no quedasen por testigos de sus maleficios. A lo menos no quedaron ellos sin castigo porque en busca de los frailes y en demanda de aquellas tierras fue luego Antonio Espejo (como se dijo en otra parte) el cual los dejó bien hostigados.

CAPÍTULO X. *De otros religiosos que han sido muertos por los chichimecas, en odio de la fe cristiana que predicaban en la provincia de Xalisco*



**L** AÑO SIGUIENTE DE 1582 MATARON LOS INDIOS chichimecas infieles a otro sacerdote llamado fray Luis de Villalobos, flechándolo en un camino cursado de cristianos, entre Zacatecas (de donde él salió con obediencia de su prelado) y la ciudad de Guadalupe, para donde iba con negocios de la orden, no lo mataron por otra ocasión, más de por el aborrecimiento y enemistad que tienen a los cristianos; porque como se les predica lo contrario de lo que ellos hacen contradiciéndoles sus borracheras y vicios, no quieren tener buena opinión de los que a esto les persuaden; y por esto en las ocasiones que han podido han mostrado esta rabia y enemistad que les tienen. Era este religioso de la misma custodia de Zacatecas, que era anexa entonces a esta provincia del Santo Evangelio.

Fray Andrés de Ayala tomó el hábito en la provincia de Mechoacan,

<sup>4</sup> Math. 3.

muchos años antes que se dividiese. Fue religioso muy observante de su regla, pobre a maravilla y no usaba más que de un hábito y manto vil y viejo, y era de mucha oración y callado. Era muy manso de corazón y siempre ocupado en cosas de virtud como yo le conocí y puedo dar testimonio de estas cosas que en él todos conocían y veían. Tomó el hábito ya hombre de madura edad; y luego que se ordenó de sacerdote comenzó a entender en la conversión de los indios chichimecas, en especial con los de la serranía de Guaynamota, que cae en lo interior del reino de Xalisco, los cuales convirtió y tuvo de paz espacio de once años; y siendo guardián de este dicho monasterio el de 1585, tenía en su compañía dos religiosos sacerdotes, llamado el uno fray Francisco Tenorio y el otro fray Francisco Gil. Era fray Francisco Gil nacido y criado entre los mismos indios chichimecas de Guaynamota; porque sus padres tenían una encomienda de indios cerca de éstos, y sabía muy bien la lengua que hablaban; amábanlo mucho los indios por haberse criado entre ellos y por ser con ellos amoroso, y así lo trataban como a hijo, aunque le respetaban como a sacerdote. Era valiente y muy esforzado el fray Francisco y con un arco y flechas en las manos hacía rostro a muchos enemigos juntos; y era tanta su destreza que de muchas flechas que le tiraban (como se vido en ocasiones) de todas se guardaba y defendía como si fuera uno de los muy diestros y astutos chichimecas. Sucedió pues que ciertos españoles, habiendo descubierto unas minas en los términos de aquel pueblo, pretendieron poblar allí contra la voluntad de los indios que no lo consentían. Los españoles acudieron a la Real Audiencia de Guadalajara, con carta de favor que les dio el guardián, pareciéndole que los religiosos de aquel monasterio tendrían más seguridad con la asistencia de los españoles, por ser los indios de aquella tierra chichimecas bárbaros, aunque ya los más de ellos cristianos; pero no tan asentados que se hiciese entera confianza de ellos. Volvieron los españoles con mandato de la dicha Real Audiencia y entraron a hacer asiento en el pueblo no obstante la contradicción de los indios, que recibieron de ello mucha pena; y sabido que los religiosos les habían dado favor para esto concibieron grande odio contra ellos, y comenzaron a fabricar cómo los matarían. No se supo que tuviesen otra ocasión sino ésta (a lo que se sospechó) aunque para ellos poca era menester estando mezclados con infieles, enemigos capitales de cristianos y de la misma ley y vida cristiana. Esta consulta pasó entre once capitanes, señores de once familias y todos cristianos bautizados y quedó determinado que el domingo siguiente, cuando se juntasen en la iglesia todos los pueblos a misa, allí fuese el sacrificio. Entre éstos había uno, llamado don Miguel, que aunque fue en la consulta y concedió con todos por temor de que no le matasen, no sintió bien del hecho, lo uno por ser cristiano y lo otro por amar mucho a los religiosos que lo habían bautizado, en especial a fray Andrés que los había traído a la fe y convertido, y lo estimaban como a santo y como dolido del mal que contra los benditos frailes se trazaba, vino al guardián y en mucho secreto le dijo lo que pasaba y que morirían sin falta, si no se ponían en cobro. El santo fray Andrés, confiando en Dios y sabiendo que otras veces le habían querido matar y se habían arrepentido,

le dijo al cacique que agradecía el aviso, pero que no temía la cólera de sus hijos, porque a ellos se les aplacaría, como otras veces lo habían hecho; a esto replicó don Miguel diciendo: mira, padre, que nunca han estado tan encarnizados como ahora; y para que entiendas ser verdad lo que te digo verás cómo el domingo no vienen a misa niños ni viejos, sino todos los fuertes y mancebos con sus arcos y flechas, porque éste es el concierto; pasado esto el uno de estos religiosos, llamado fray Francisco Tenorio, fue el sábado al Real de las Minas a decir misa el domingo a los españoles, tanto por haber creído las palabras del aviso y no parecerle aguardar, cuanto porque los de las minas tuviesen misa que no había otro ministro que se la dijese, sino los frailes. Llegado el domingo comenzó a venir la gente a misa y solos vinieron varones, sin las mujeres y todos apercebidos de guerra. Entonces creyeron el guardián y fray Francisco Gil, su compañero, ser verdad lo que don Miguel les había dicho. Vinieron a esta sazón dos soldados de un presidio que estaba cerca con sus arcabuces a oír misa; díjoles el guardián lo que pasaba y que les pedía se estuviesen con advertencia mientras la misa; díjola el guardián muy devotamente, como el que celebraba sus obsequias y decía misa de cuerpo presente. Los indios, que vieron a los soldados con arcabuces, no ejecutaron su mal intento temiendo el daño que podía venirles de los soldados. Disimularon por entonces y acabada la misa comenzáronse a dividir por diversas partes los indios; y como vieron los frailes que de miedo de los soldados no les habían hecho mal los indios, rogóles el guardián que no se fuesen aquel día hasta que se desenojasen aquellos sus apasionados hijos; hicieronlo así ellos hasta la tarde, pero viendo que los indios andaban inquietos y desasosegados, mirando por una parte y por otra, y temiendo que si se quedaban allí aquella noche corrían riesgo por ser pocos y venir desapercibidos de munición y de pólvora, no se atrevieron a esperar y dijeron a los frailes que se fuesen con ellos, que saliendo de día los defenderían y pondrían en salvo, y así los indios no se atreverían a cometerlos. El guardián, no persuadiéndose a que tendrían ánimo para matarlos, ni hacer tal traición a Dios, por cuyo amor los estaban allí doctrinando, díjoles que se fuesen y defendiesen sus vidas, ya que no querían aguardar con ellos la noche, que se venía acercando, que los dos harían rostro a los indios porque no pareciese que de miedo se iban y dejaban la casa de Dios desamparada; porque si la voluntad suya era de que muriesen no rehusarían la muerte por su santa fe y palabra. Fuéronse los españoles ya casi a puesta del sol y no hubieron bien salido del pueblo cuando aquellas bestias carniceras, que como aves de rapiña habían estado hambrientos todo el día aguardando la ocasión de su caza, llegaron al convento con alaridos y voces como si se hubieran juntado contra algún pujante y poderoso ejército, del cual, habiéndolo vencido, pudieran sacar gloria de la victoria y esgrimiendo sus bastones y cimbrando sus arcos entraron dentro, no a prender a los siervos de Dios, como los judíos cuando llegaron al huerto donde Cristo señor nuestro estaba orando, para darle siquiera después algunas horas de vida, sino como sazones emperrados deseosos de que ni por minutos ni instantes la tuvieran.

Visto esto por los religiosos se encerraron dentro, no como fortalecidos de pertrechos humanos para librarse de su furia, sino como corderos humildes y mansos puestos en lugar del sacrificio. El guardián, tomó por más seguro lugar la sacristía, y puesto de rodillas delante de una imagen, encomendó a Dios su espíritu; mas los malvados parricidas, bestialmente encruelecidos pegaron fuego al convento para que su hecho tuviese el fin que deseaban. Entraron dentro de la sacristía donde el guardián estaba y sacándolo fuera, al patio, se les hincó de rodillas, afeándoles el hecho y la cuenta estrecha que de él habían de dar a Dios que lo miraba. A esta sazón llegó un indio que era del servicio del monasterio y dióle en la cabeza con una porra o macana, y segundóle con otro golpe de que cayó aquel santo cuerpo en tierra sin alma. A este tiempo el compañero, viendo que se quemaba la casa, salióse a la huerta; y aunque comenzó al principio a defenderse (como hombre que sabía, al cual no osaban acometer de golpe, temiendo la valentía con que se animaba) después le pareció que era aquello excusado y mejor morir por Cristo, pues sin ocasionar su muerte aquellos bárbaros crueles se la daban y hincándose de rodillas con mucho sosiego, aguardóla con ánimo de verdadero cristiano y religioso; la cual le dieron con porras o macanas, cargándolo de muchos golpes con ellos. Cortáronles las cabezas a entrambos y lleváronselas para hacer banquete con ellas y sus cuerpos dejaron troncos y descabezados en un muladar que estaba junto a la iglesia. Echaron las cabezas de estos benditos padres a cocer, y la del santo fray Andrés coció tres días, con continuo fuego y nunca la hallaron sazónada para comerla. Viendo su dureza dejaron de porfiar y arrojáronla con el cuerpo, como cosa inútil y sin provecho. La del compañero limpiaron de la carne y la traían consigo en señal de victoria según que todos los chichimecas lo tienen de costumbre. Milagro era este de no cocer en tantos días cosa tan delicada, para que compungidos de su yerro pidieran perdón a Dios de su culpa y le glorificaran en sus grandezas y maravillas. Pero ciegos como otro Faraón, que aunque veía las que Dios obraba en su palacio y casa, no las conocía, ni se movía a estimarlas por tales, no se dieron por entendidos ni confesaron la gloria de Dios, ni se les dio nada por lo hecho; antes encarnizados en la sangre de aquellos mansos corderos, rabiando por beber más, intentaron de levantarse con la tierra y fueron sobre una estancia que estaba seis o siete leguas de allí, y la pusieron fuego y quemaron algunos españoles que en ella estaban. Súpose luego todo lo sucedido por toda aquella tierra; y por orden del audiencia vino de Zacatecas el capitán Juan de Zayas con su compañía de soldados y otras dos que allí se juntaron, que fueron muchos los españoles que se recogieron y acompañándose de dos mil indios amigos les entraron la tierra, más por milagro que naturalmente por ser todo serranía y no haber más de un puerto por donde se entra a lo interior donde estaban y con cautelas que tuvieron los juntaron y a todos los pusieron en collera, hombres y mujeres, niños y viejos, y de esta manera los trajeron a Guadalajara. Ahorcaron en el camino dos o tres culpados, por no atreverse a traerlos vivos que recelaban se les huirían con pacto del demonio, que creían tener hecho y

casi lo verificaron una vez que se les fue uno de ellos de las manos, pareciendo el caso imposible. Entraron en la ciudad, con grande ordenanza, con presa de más de mil cautivos de los cuales deszocaron algunos, otros azotaron y a todos los demás, chicos y grandes, dieron por esclavos. Los doce de éstos, que eran las cabezas y capitanes, los ahorcaron; los cuales fueron a la horca en collera y un religioso con cada uno, esforzándolos a la muerte y al arrepentimiento del caso. Yo fui uno de estos que los fueron acompañando y me cupo en suerte uno, llamado don Juan, tan pertinaz en su pecado que se fue sin arrepentimiento de él al infierno, no valiendo para su conversión ninguna razón que se le decía, ni ser el último que murió, en cuya presencia ahorcaban a los otros y le amonestaban que se convirtiese; mas ni esto ni detener su muerte, casi por todo el día, no valió para ablandarse; de esta manera desmereció este desventurado hombre ser contado con los hijos verdaderos de la iglesia; porque aunque lo era por el bautismo, no lo fue por verdadera fe ni obras y pudo ser que fuese este el origen de aquella maldad y que la hubiese él primeramente solicitado y que por haber sido causa de tantos daños no fuese digno de perdón en su culpa y pecado. Los dados por esclavos duraron poco tiempo en su esclavonía, porque unos se murieron y otros se huyeron de sus amos y se fueron a sus tierras. La ocasión de la muerte de estos religiosos es la que se ha contado, según los españoles dicen; mas yo digo que la principal fue el querer ellos tornar a su idolatría, a que son muy fáciles por instigación del demonio y retroceder y apostatar de la fe, por ventura por persuasión de los otros infieles sus vecinos, y tomaron por ocasión tan sólo el escribir la carta el guardián; porque como dice el Espíritu Santo:<sup>1</sup> ocasiones busca el que quiere apartarse del amigo y vese claro en la muerte de este don Juan, que jamás quiso confesar la fe que en el bautismo había recibido, antes con enfado oía las cosas que yo le iba diciendo. Este principal, llamado don Miguel ha sido siempre fiel, y después acá ha pedido muchas veces vuelvan a poner allí religiosos, mas no lo ha querido hacer la provincia en detestación de tan gran maleficio como allí se hizo y para escarmiento de los otros pueblos de aquella frontera, hasta de algunos años a esta parte que los religiosos de aquella santa provincia de Xalisco les han dado ministros y tienen convento y guardián, con otros religiosos y ministros a instancia de los mismos indios, y por orden del Audiencia Real, y allí y en otras naciones comarcanas se va haciendo mucho fruto cada día. También es de considerar que este religioso fray Francisco Tenorio no se halló en esta muerte o por guardarlo Dios para otras cosas de su servicio; porque era muy observante religioso o porque no todos llegan a merecer estas muertes semejantes (aunque las deseen) porque sólo son de Dios que las dispone para los que él es más servido.

<sup>1</sup> Prov. 18.